La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO VIII. | SUSCRIPCION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes. | Director: Ramón Blanco Rojo. MURCIA 15 DE MARZO DE 1896. | La correspondencia al director. Redacción y Administración: Apóstoles, 11, bajo. Número suelto 10 céntimos. | NÚM. 308.

La Juventud Literaria

PALIQUE.

CUANDO recuerdo, amigas mias, los gestos y contorsiones de D. Tiburcio siempre que se hallaba próximo á un individuo del bello sexo, no ceso de reir.

Figuraos un hombre recortado en pergamino pues tal parecía por su estrechez y flacura, alto, muy alto, curbo, muy curbo, con dos puñaladas enconadas por ojos, y unas narices descomunales que se movian de izquierda á derecha; pelo encarnado, á fuerza de mejuges; desdentada encia; grande oreja, con mas pretensiones que un muchacho y decidme si habrá nadie que pueda permanecer sério en presencia de semejante ente.

Para que nada faltara al bueno de don Tiburcio, creíase un Adonis y la echaba de poeta.

Vestía con toda la corrección que es dable tener á un hombre de formas angulosas, pronunciadas y desiguales, y creía que ninguna mujer sería capaz de desairar sus peticiones, si bien, tal creencia, le proporcionaba abundante cosecha de calabazas.

Una noche, en una tertulia en la que fué presentado, vió una hermosa morena de negros y parladores ojos, abundante cabellera, lábios de carmín y esbelto talle, y despues de mil muecas encaminadas á hacerle comprender su improvisada pasión, le endilgó la siguiente pregunta, sin duda de repertorio:

—Dime por Dios, niña hermosa,
La de la tez sonrosada,
La de radiante mirada,
La de dientes de marfil;

La que brilla por lo bella,
La del cabello luciente,
La del labio sonriente,
La del correcto perfil;

La del seno palpitante
Donde anidan los amores;
La que saludan las flores
Cuando la miran pasar;

La que adoro con locura;
La que soñara mi mente:
De tí, mi pasión ardiente,
Dime, ¿que puede esperar?

Siempre vá la *señá* Paca,
con el rosario en la mano:
¡cuando nunca lo abandona...
nada bueno habrá pasado!

Y la niña contestó riendo:

—Que se marche V. á paseo
Con sus trasnochadas flores,
Pues no está yá para amores,
Quien es viejo, pobre y feo.

* * *

Estoy hecho un tonto
por una muchacha,
graciosa, risueña,
esbelta, salada,
que corre, que rie,
que juega, que baila,
y dulces canciones
en el piano canta.

Por ella quisiera
marchar á la Habana,
adquirir fortuna,
honores, y fama;
y allí, á los *mambises*,
remperles el alma:
y cuando concluya
la guerra mengnada,
venir muy ufano
diciendo: «Jitana,
por tí he sido ue héroe,
allá en las *Sabanas*,
entré en la *Manigua*,
y escuché las balas:
mas hoy que el triunfo
premió nuestras ánsias,
á tí vuelvo amante,
hermosa zagala,
pága mis desvelos,
mis angustias paga.
Séme complaciente,
no me seas ingrata,
y dame por premio
de fatiga tanta,
tu amor, que es la dicha,
que anhela mi alma.

. . . . . .

Mas todo es un sueño.
No tengo muchacha
que cante ni baile,
ni fea ni guapa;
ni tampoco puedo
marchar á la Habana;
ni matar *mambises*...
ni siquiera ratas,
pues soy ya mas viejo
que la Biblia santa.

Cumplí los setenta
preciosas murcianas,
y apenas si puedo
soportar las calzas.

MANUEL EDUARDO DELGADO.

Un sueño provechoso.

Años atrás solía yo pasar los veranos con mis amigos los señores de X. en una magnífica quinta que poseen en un pueblecito de Galicia. Allí permaneciamos los meses de riguroso calor y á últimos de Septiembre volviamos á la corte y yo al seno de mi familia.

Una calurosa tarde del mes de Agosto, á las horas que el sol calienta con mas fuerza, paseaba yo por una de las espesas alamedas de la quinta á cuyo, fin veíase un artístico cenador cubierto de fresca hiedra. En su interior, dos bancos de pino pintados de verde, ante los cuales habia un gran velador. Allí entré á descansar de mi paseo.

Al poco tiempo, subyugada sin duda por la hermosa temperatura y el silencio que reinaba, me dormí.

Poco á poco fueron acudiendo á mi mente fantasmas incomprensibles; vi transformarse la alameda en un espesísimo bosque. Yo, presa de espanto, en vano esperaba hallar alguna salida.

De pronto, ví agitarse las hojas del espeso ramaje que á mi lado había, y salir de entre el as un hermoso niño, que parecía escapado de los maravillosos cuadros del inmortal Murillo. Una espesa venda blanca cubría sus ojos; caminaba desatinadamente, hasta que tropezó conmigo. Le cogí de un bracito, y dije con cariño:

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?—El niño contestó visiblemente agitado:

—Me llamo Amor, y vengo huyendo de mi inseparable lazarillo la Locura.

—¿Y que harás sin lazarillo, siendo ciego?

—No me perderé; sé bien mi camino, me contestó.

Yo, compadecida de su abandono y atraida por su hermosura, le dije:

—¿Quieres que vaya contigo?

—Tanto mejor; así iré mas seguro.

Se cogió de mi mano y con su derecha, cual si fuera una varita de virtudes, apartó el cerrado ramaje.

Jamás espectáculo mas sorprendente se presentó á mi vista; sin duda alguna, aquel era el paraiso en que Dios colocó á Adan y Eva, y en el que desde entonces no ha penetrado ser humano.

Caminábamos lentamente, sin detenernos en parte alguna: por todos lados veia multitud de plantas rarísimas y á cual mas bellas y lozanas.

Entre tanto el niño me hablaba con un lenguaje extraño, pero tan dulce, que sin entenderlo, no me cansaba de oirle; su armoniosa voz era para mi una melodia deliciosa.

Habíamos andado largo trecho y por fin llegamos á una encrucijada, donde me detuve.

—Tenemos dos caminos, á derecha é izquierda, dije al niño. ¿Por donde vamos?

—Por la derecha,—contestó el Amor.—Sin embargo, el de la izquierda es mucho mejor, pero mas peligroso, contestó sentenciosamente.

—¿Por què? dije yo; vamos por él, no se que peligro haya donde todo son plantas y árboles, el camino llano...

—Al principio, pero luego no, insistió el niño. Sin embargo, siguió diciendo, lo que me inquieta á mí no es eso.

—Que es pues?

—Que por ahí suele ir la Locura y es muy fácil que la encontremos.

—¿Te dá miedo? le dije con aire de protección. No temas que yo te defenderé.

—¿Tu? dijo el niño soltando una carcajada.

Yo no comprendí el motivo de su burla, pero me abstuve de preguntárselo.

Me dirijí al camino de la izquierda y el niño me siguió docilmente.

La deliciosa senda me embriagaba, pues el aroma de las flores que en ella habia embalsamaba el aire, haciendo respirar un ambiente encantador.

DOLORES S. BELMONTE.

Se continuará.